

Fe de posibles erratas, 70 años después

Hay libros que permanecen olvidados en las estanterías. Suelen ser obras que gozaron de un tiempo glorioso y que su título hoy le dice poco o nada al joven lector. Más que un ejercicio nostálgico o arqueológico, recuperarlas es un sentido y justo agradecimiento a esas primeras lecturas.

Paco Álvarez

Escritor de oficio, aunque se niegue a dar a la imprenta sus textos, conversador de profesión y estudiante curioso y disciplinado que ha hecho suyo el lema de Terencio: "Nada de lo humano me es ajeno"

Voy a hablarles de lo que me sucedió en relación con algunas de las lecturas que hice en un tiempo lejano, cuando las películas no habían aprendido a hablar ni mucho menos a maquillarse, de manera que se dejaban ver tranquilamente en blanco en negro como los hermanos Lumiere las trajeron al mundo. Es bueno también que tengan presente, para estar en sintonía con lo que van a leer, que en algunas partes del mundo sublunar de entonces, los niños creíamos de verdad verdad en el Niño Jesús, y creíamos también en que los recién nacidos llegaban a cada casa de familia directamente de la ciudad de París. Estas creencias estaban fuera de toda duda por muchas razones. Entre ellas, por poner un solo ejemplo, porque personajes tan escépticos y hollywoodienses como James Cameron y Simcha Jacobovici no habían nacido todavía ni producido, por esa sencilla razón, su documental de noventa minutos sobre los restos mortales de Cristo, hallados en Talpiyot, un suburbio industrial cercano a Jerusalén, cuando todos jurábamos que estaba en el Cielo desde el año 33.

En mi ciudad, Caracas, que era más bien un pueblo grande con casas de tejas rojas, vivíamos sin saber que éramos del tercer mundo o, por lo menos, del mundo en desarrollo. Los vecinos y vecinas, llenos de docta ignorancia, se reproducían sin clínicas de maternidad, ni de quirófanos. Se reproducían, sobre todo, sin anestesia. Cuando llegaba el momento parisino, el doctor entraba en casa como de visita. Se arreman-

gaba las mangas de la camisa y esterilizaba sus manos lavándolas con un rosado jabón de Reuter comprado especialmente para la ocasión en la farmacia de la esquina.

Como fui el primero de un rosario de nueve recuerdo, a partir del nacimiento del cuarto o quinto de mis hermanos, los gritos que daba la destinataria de los niños de París, que era mi mamá dando a luz sin parir. Y esto sucedía sin ninguna contradicción, porque el verbo parir, aunque ya existía entre nosotros y se conjugaba en todos sus tiempos, estaba condicionado por la posición del sujeto femenino que debía corresponderse con madres vacunas, equinas, caninas, felinas o porcinas.

Entonces yo, desde el patio del centro de la casa con geranios en macetas o desde la cocina del fondo con el gato acurrucado frente a la boca del fogón, escuchaba los gritos del alumbramiento, a pesar de que mi abuelo, que andaba entonces por mi edad de ahora, trataba de apagarlos con la radio prendida a todo volumen, o de velarlos tras una cortina sonora poniendo en el gramófono un tango de Carlos Gardel, llamado "El zorzal argentino", y del que mi mamá era una admiradora incondicional, sin llegar a ser una *fan*, porque no se había puesto en uso esa palabra.

Estando así las cosas, durante unas vacaciones de la escuela primaria y por obra y gracia de un librero que trabajaba con ediciones Sopena comencé a leer mis primeras novelas.



© Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes - Real Academia de Bellas Artes de San Fernando

Eran libros para adultos convertidos, por mí, en lecturas infantiles. Las páginas de estos libros estaban maqueteadas a dos columnas, y esas páginas divididas me dejaron una fijación, en la que se asocia libremente el género novelístico con esa diagramación. Para mí ésta es una obsesión inocente, pero no sé cómo la considerarán los misteriosos analistas para los cuales no existe la inocencia. Sólo sé que estas mellizas Sopena se me metieron por los ojos con las aventuras de *Los tres mosqueteros*, *Veinte años después*, *El Vizconde de Bragelone* y *El Conde de Montecristo*. O del viaje por el fondo del mar del Capitán Nemo, o la cabalgata siberiana del Correo del Zar, o el amor del horrible Cuasimodo por la bella Esmeralda, y toda la miseria de los miserables victorhuguianos.

Un día de aquéllos mi abuelo me regaló una edición del *Quijote* tan fina que era en papel biblia, y tan inobjetable que tenía el “imprimatur” de Casimiro, Obispo Auxiliar de Madrid por aquel entonces. Debo confesar, sin embargo, que yo tuve una objeción, que se manifestó en el deseo, seguramente culpable, de que estuvieran presentes, las benditas mellizas de Sopena. Pero bien dice el proverbio que Dios aprieta pero no ahoga, y enseguida encontré mucho más que consuelo en las andanzas del hidalgo de la triste figura, impresas a página completa en los talleres tipográficos de los sucesores de Rivadeneira, Paseo de Onésimo Redondo, número 28, el quince de mayo de un año del cual no quiero acordarme.

Este libro, a falta de columnas, estaba lleno de abundantes notas explicativas, a las cuales soy muy aficionado, y la primera decía que ésta no era la única vez que Cervantes comenzaba su narración con un

verso, y que el comienzo en cuestión estaba tomado del Romancero general. En otra nota encontré una explicación de Covarrubias con relación a cuando Sancho Panza cuenta los dientes que le quedaron a su amo después de la aventura de los rebaños y el cabrero, y don Quijote le dice que de la parte que estaba contando tenía cuatro muelas fuera de la cordal. Covarrubias me enseñó que cordales se llaman también del seso o del juicio, porque salen con la edad, cerca de los veinte años, y que a algunos les han salido a los ochenta. Por lo que a mí se refiere estoy seguro que no las tuve de joven y estoy inseguro de tenerlas ahora. Quizás se deba a la ausencia de cordales que cuando leí *Los tres mosqueteros*, me daba siempre que eran cuatro los defensores del Rey. Yo los contaba una y otra vez: Athos, Portos, Aramis y D'Artagnan. Uno, dos, tres, cuatro.

Más allá de la aritmética elemental, como lector sin cordales chocó en mí un día el sacramento de la confesión en un cruce con la prosodia. Y es que fui a confesarme y confesé que entre los autores entonces prohibidos, había leído como ya dije al bueno de Alejandro Dumas. El cura confesor, un salesiano que merecía ser jesuita, pasó por alto lo de la lectura prohibida y el pecado concomitante para susurrarme, digamos *ex cátedra*, la correcta pronunciación francesa del apellido del autor. Corregida la mala pronunciación me levanté del confesionario sin cumplir la penitencia de un padre nuestro y tres avemarías, pero decidido a no pecar más en francés ni en otro idioma, y en eso estoy todavía, por culpa o gracia de los tres mosqueteros que eran cuatro, pero más probablemente, y sobre todo, por la falta de cordales que, de verdad, no me salen. ❏